

todo es perdido para el atezado indígena de los magníficos archipiélagos orientales, para el habitante de las vastas llanuras y gigantescas montañas, de la India pintoresca, para el salvaje que construye su cabaña en la espura de los seculares bosques americanos! Nacidos y criados con presencia de los mismos objetos, y faltos por otra parte de iustrucción, permanecen frios espectadores de bellezas bastantes á inflamar la imaginacion, y arrebatarse de asombro al europeo culto.

Y no hay para que ir tan lejos á buscar ejemplos de esa indiferencia nacida de la falta de comparacion. En nuestra misma Europa y aun dentro de España los encontraremos. El *lazzarone* napolitano, y el labrador de las mas bellas comarcas de nuestra Andalucía, aunque muy bien hallados con la suavidad del clima, y con las bellezas del pais en que nacieron, no saben sentir las ni comprenderlas, ni estimarlas en todos sus quilates, como el viagero que, abandonándolas, vá á vivir por algun tiempo entre las densas nieblas del Támesis, ó á sentir los frios glaciales de Rusia ó Dinamarca.

Igual comparacion se establece hasta involuntariamente entre los objetos morales. Los usos y costumbres de cualquier pueblo extraño suscitan en nuestra mente la idea de sus diferencias y semejanzas con los de nuestro pais; y por poco observador y reflexivo que el viagero sea, de este paralelo resulta un juicio *doble*, por decirlo asi, como pronnciado por la razon á un tiempo mismo sobre lo que ahora nuevamente vemos fuera, y sobre lo que estábamos acostumbrados á ver en casa desde que nacimos.

No menos granjea el corazon que la inteligencia de un hombre bien organizado con los viajes. Insensiblemente se acostumbra á ver que en todas partes hay malo y bueno, y á mirar á los hombres de todos los paises como miembros de una gran familia, como hermanos; aprende á juzgarlos por sus cualidades individuales, y no á tenerlos en mas ó en

menos colectivamente, porque casualmente nacieron en tal ó cual de esas arbitrarias divisiones geográficas y políticas que llamamos naciones.—EXTRANJERO, decimos cuando estamos en nuestra casa, y articulamos esta palabra con cierta entonacion desfavorable! Ahí va un *extranjero*.—Aquel es un *francés*.—Mira aquel *moro*.—Pero cuando yo estoy en Tánger, tambien dicen:—allá va un *cristiano*,—y á fé que no nos tienen en mucho aprecio los señores marroquíes. En Lóndres como en Viena, en Atenas como en Canton, en Hyderabad como en Washington, me oigo apellidar *extranjero*; de donde deduzco, que si en tan vastos paises, que si en la tierra entera, esceptuando solo el pequeño rincón donde he nacido, he de ser mirado con desden á título de *extranjero*, me saldrá malísima cuenta. De esta reflexion, y de esta mortificacion del amor propio saca el viajero la consecuencia de que seria mucho mejor que todos los hombres nos mirásemos y tratásemos en donde quiera como compatriotas y hermanos.

Siente uno tan instintiva repugnancia la primera vez que se vé tratado como extraño en cualquier pais, que es hasta cierto punto increíble. Nosotros hemos viajado con una señorita francesa que se quedó muy aturdida cuando en el momento de salir de Francia y pasar la frontera Suiza, le dijimos: «Aquí ya es Vd. tan *extranjera* como nosotros.»—Su estupefaccion daba asunto de risa á los españoles que allí íbamos, y ella por mucho tiempo no quiso convenir en ello.

Tambien se cuenta de un viajero inglés que llegó á Barcelona desde su pais, de donde salia por la primera vez. Yendo por la ciudad á practicar varias diligencias acompañado de un corresponsal suyo, este al presentarle en una casa, empezó con estas palabras: «*El señor que es un extranjero...*»—Pero el inglés oyendo lo tal, le interrumpió mohino diciendo:—«*Senior, ió pido á iusté su pardon: ió no estoy un extranhero, ió estoy un caballero inglés.*»

—Y es que el buen hombre no habia sido extranjero hasta aquel dia en los muy dilatados de su vida, y le repugnaba que se hubiese obrado en su persona tan extraña mutacion.

Verdad es que en este punto el amor propio de los hijos de Albion, como diremos cuando tratemos de sus costumbres, toca en lo ridiculo; y solo puede compararse la idea superior que de sí mismo tiene *John Bull* (1), á la que de sí tenían los antiguos romanos, y han tenido los chinos de todos los tiempos.

Nosotros los españoles, que no pecamos de humildes, pero cuyo altanería consiste mas bien en no dejarnos humillar ni posponer de nadie, que en anteponernos ni humillar á otros, tambien solemos ser desdeñosos y frios con los de fuera (2) y llevamos el vicio hasta el punto de serlo los de unas con los de otras provincias, los vecinos de cada villa con los de sus comarcas, á quienes llaman, como por mote, *forasteros*.—Esta division ó rivalidad es funestisima, y trae su origen de lo poco que nos mezclamos y comunicamos unos con otros, en una palabra, de lo poco que viajamos.

¡Cómo! me dirá alguno: ¿en España no se viaja! Pues, ¿y ese movimiento continuo de diligencias por todos los caminos? Y esa afluencia de gentes que los veranos bajan á los puertos, ó suben á las provincias Vascongadas, ó acuden á los diferentes establecimientos de baños?—El mismo poeta arriba citado lo ha dicho y con razon:

sed de viajar á todos nos asedia.

(1) Nombre con que en estilo festivo se designa el pueblo inglés á sí mismo: literalmente quiere decir *Juan Toro*.

(2) Esta observacion no deja de ser cierta aunque exista entre nosotros, y peque por el extremo opuesto la raza pestilente de los *extranjeros*. Tambien en Lóndres hay quien anda á caza de la *French fashion*, y en Paris abundan *les anglo manes*.

Quien va á Cestona, quien á la Borunda;
este lleva al Molar su cataplasma ;
aquel sus nervios á la mar profunda.

Y mientras otro en *Pau* se cura el asma,
á la suíza un *simplon* su viaje emprende,
y al ver á su *tocayo* se entusiasma.

Manda el buen tono caminar allende
los riscos del selvoso Pirineo :
á Lion, á Paris, á Lila, á Ostende.

Pues así y todo, hermano reprochador, con permiso de vuesa merced, y de su merced del señor poeta, todavía es España uno de los países de Europa cuyos naturales se mueven menos. Las revoluciones políticas, es verdad, han avivado un tanto cuanto nuestra antigua apatía, y han venido literalmente á sacarnos de nuestras casillas. Las intrigas electorales, la consecuencia de las elecciones, la de las disoluciones del Parlamento, la de las destituciones de empleados, la de las persecuciones... todo en fin ha contribuido á hacer liar el petate, y tomar las de Villadiego, á mas de cuatro individuos, que sin estos y otros sacudimientos, hubieran quedado tan adheridos al suelo en que nacieron como sus abuelos, y como los olmos, las encinas, ó los alcornoques. Sin embargo, es forzoso confesar que la propension natural de un español genuino y de raza es á estarse quieto; á hacer hoy lo mismo que hizo ayer, y que hará mañana; á su paseito diario; á su café de todas las tardes en el rinconcito de siempre; á su tertulia de todas las noches con los mismos tertulianos; á su chocolate de todas las mañanas, y su cigarrito de todos los momentos. Los árabes debieron de inocularnos aquel su natural... ¿Qué nombre le pondremos?... aquel *qué-se-me-dá-á-mi?* que los franceses llaman *insouciance*, aquella falta de curiosidad, aquel delicioso saborear del lugar y del momento presentes sin curarnos de desear otros lugares, ni otros tiempos, ni otras sensaciones. Este en nuestro concepto, sigue siendo

por *regla general* (y claro está que todas tienen excepciones) el fondo del carácter español. Luego, nuestro clima es tan dulce! nuestro suelo tan bello! nuestra sociedad tan íntima! nuestra codicia tan poca! nuestro deseo de ver y aprender tan tibio! que donde Dios nos crió allí nos estamos tan contentos. Y esta es la verdad y no la asercion contraria de nuestro poeta:

Nadie está bien en donde Dios le puso.

Por centenares de miles se cuentan en España las personas que no han visto jamás la capital de su provincia, viviendo á cuatro ó seis leguas de ella; por millones los que no han visitado la capital del reino, ni piensan en semejante cosa. Nosotros hemos conocido muchos individuos que hacian alarde de esa inmovilidad, la cual deberia haber sugerido á los naturalistas á incluir en sus clasificaciones una nueva especie de mamíferos que podria llamarse la de *el hombre-ostra*.

Uno de los mas curiosos ejemplares de este cuasi-molusco, existia todavia en Madrid hace pocos años. Era el tal un lego demandante del convento de capuchinas de ***; llamábase el hermano Feliciano, y no tenia otra ocupacion que la de pedir limosna para sus monjitas á la puerta del jubileo, y repartir... los dias de la semana entre las mesas del marqués de R..., del alcalde de corte S..., de la señora viuda de H..., y de otros devotos. Pues el buen donado, siempre que se tocaba por incidencia el punto de la *locomocion*, solia jactarse de que en el espacio de 29 años no habia salido un solo paso de las puertas de Madrid para afuera. Y esto lo decia él con mas vanagloria que la que mostraba Estrabon cuando exclamaba: «Yo he visitado cuantos países se extienden de la Armenia á la Tyrrhenia »enfrente de Sardo, hácia el Oeste, y desde el »Ponto-Euxino hasta las fronteras de la Etiopia hácia el Sur.»—Para el hermano Feliciano, los con-

finés del mundo hácia el Oeste eran las monjas de la Encarnacion y el campo del Moro, y hácia el Sur la parroquia de San Lorenzo y el portillo de Gili-mon. ¡Dichosa existencia!

Con razon, pues, se podria presentar al buen lego como tipo del *hombre-ostra*, y antítesis viva del *judío errante*; este por el contrario podria por su parte ser el símbolo de la nacion inglesa que es la que sin disputa viaja mas y cada año arroja sobre las demas un aluvion de viajeros, que cubre la faz de la tierra y la superficie de los mares. ¿En qué punto del mapa-mundi podremos fijar un dedo que no cojamos debajo algun viajero inglés?—*Ours is a nation of travellers*, dice un escritor de aquella tierra: «Nacion de viajantes es la nuestra; y no es maravilla, cuando los elementos aire, agua y fuego coadyuvan á nuestro intento para trasportarnos de una orilla á la otra orilla; cuando la nave va dejando un profundo rastro semejante á un espumoso torrente, y en tres horas ó menos, cátanos entre un pueblo extraño curioseándole y siendo para él objeto de curiosidad.—A ninguno de nosotros le falta achaque para sus viajes: el rico, va por gozar; el pobre, por ahorrar; el doliente, á restablecerse; el estudioso, á instruirse: el instruido á descansar de sus estudios. Mas, digan y piensen todos ellos lo que quieran, la verdad es que todos van con igual fin.»—«Pasan la vida casi todos en ansiedad inquieta, y apenas salen al mundo cuando pierden aquel gusto tan notable de la edad temprana hácia los placeres naturales y sencillos. A cada hora anda el hombre repreguntándose á sí propio qué es lo que tiene adelantado en el camino de los honores y de las riquezas, y con este afan siguen y prosiguen viviendo todos como sus padres vivieron antes que ellos, hasta que agobiado el corazon de cansancio y hastío, vuelve sus miradas con un suspiro hácia aquellos dorados y ya pasados tiempos de la infancia.»—«Ahora bien: con los viajes, y especialmente si son por pais extranjero, recobramos en

parte lo perdido. Al levar el ancla de la nave que nos conduce, parece como que doblamos la hoja de la vida, y que se suspende nuestra fatiga; atrás se quedan los viejos cuidados apiñados al rededor de los objetos viejos, y á cada paso que damos adelante, la menor circunstancia nos divierte é interesa. Todo se nos hace extraño y nuevo, y no parece sino que volvemos á sentir otra vez á la manera de los niños. Como ellos gozamos con vehemencia: como ellos, si nos enojamos, presto nos pasa el enojo, y aqui la semejanza es mas visible, porque si nuestra caminata trae, como suelen las cosas todas de este mundo, mezclados los placeres con las penas, las penas, no bien pasadas, ya son olvidadas, y los placeres al contrario, permanecen muchísimo tiempo en la memoria.»—«Gusta el hombre de multiplicar sus sensaciones, que asi le hacen menos enojosa la vida, y para lograrlo se precipita en mil desastres y comete locuras infinitas. Pero viajando conseguimos el mismo fin por otros medios, porque multiplicamos los sucesos inocentemente. El dia en que llegamos á ver lugares de que hemos oido ú leído mucho (y sirva de ejemplo Italia), aquel dia hace época en nuestra vida, y desde entonces el nombre solo de aquella tierra evoca en nuestros recuerdos todo un cuadro.»—«Pues ¿qué diremos de lo rápida, deliciosa y suavemente, que se adquiere instruccion en los viajes? El que pasa el tiempo revolviendo el polvo de libros y mapas en una oscura biblioteca, ¿cuánto tardará en aprender lo que tan fácil y brevemente aprende el viajero, con solo tener los ojos y el corazon de par en par abiertos todo el dia á recibir la impresion de los objetos? ¡Y cuán ordenadamente se colocan ellos en nuestra memoria! Ciudades, ríos, montañas, todo. ¡Y con cuán vivaces colores nos pinta despues nuestra fantasia los trajes, usos y costumbres de aquel pueblo! Proviene esto de ser la vista el mas noble de nuestros sentidos, el que mas ideas introduce en nuestra mente, el que alcanza los objetos á mayor

distancia, y continúa en acción por mas largo tiempo sin fatiga. Nuestra vista está siempre alerta cuando viajamos, y su ejercicio es tan delicioso entonces que el placer hasta nos hace poner en olvido lo mas sustancial, que es la enseñanza. Como el rio que acrece su caudal y le purifica á medida que va corriendo, como el manantial que atraviesa una copiosa vena de mineral, así nuestros entendimientos se enriquecen insensiblemente viajando.»

No creemos poder hacer cosa mejor para explicar nuestras propias ideas con claridad y elegancia, que el adoptar el antecedente pasage del inglés *Samuel Rogers*.

Los franceses modernos tambien son, aunque en menor escala que los ingleses, mucho mas viajeros que los españoles: y por contraposición á estos, parece que solo viajan por el prurito de moverse y no estarse jamás quietos.—Ellos son los que han inventado la palabra *touriste* que se va adoptando en toda Europa por la propiedad de su significación. Derivase de *tour* vuelta, y se aplica á aquellos viajeros que, á la manera de las aves de paso, abandonan á la entrada del verano los lugares en que han pasado el invierno, sin otro objeto que el de dar una *vuelta* por Europa, en busca de diversion, de aventuras galantes ó curiosas, ó de casas de juego como las que se tragan el oro de los ricos holgazanes de toda Europa, en los concurridos establecimientos de baños de Alemania (1). Esa vuelta

(1) Véase aquí una lista de los mas célebres y concurridos baños:

Aquisgran (Aix-la-Chapelle).—Alexisbad.—Badea-Baden.—Bertrich.—Brückenau.—Dobberan.—Ems.—Hof-Geismar.—Homburg.—Liebenstein.—Liebwerda.—Putbus.—Pyrmont.—Reinerz.—Salzbrunn.—Schandau.—Scheveningen.—Schlagenbad.—Schwalbach.—Warmbrunn.

Acaso no está lejos el dia en que la empresa de SAAVEDRA y RIBEROLLES pueda ofrecer á los viajeros españoles medios económicos de visitar esos puntos donde *se da cita* (como dicen los franceses) todos los veranos, la buena sociedad europea.

(Nota de los editores.)

de los *turistas* (y confirmémoslos con este nombre afrancesado por no sentarles bien los que les con- vendrian en nuestra etimología de *voltarios*, *voltea- dores* ó *volletereros*) suele ser por las principales ciudades de Italia, ó por la Suiza, ó por todo el curso del Rhin; pocas veces por Inglaterra y menos por España. Nosotros hemos encontrado con esas bandadas de viajeros superficiales, muestras notables del carácter nacional, que llevan á todas partes su natural alegría, su cortesanía graciosa, sus modas, sus chistes, sus preocupaciones imposibles de desarraigat, sus apuntes ó diarios de donde salen des- pues esas que ellos llaman *impresiones de viajes*, en donde cada palabra es un error, cada párrafo un sueño, y cada página tal vez un agravio contra aquellos mismos pueblos á quienes el escritor mien- tras viajaba iba adulando con sus frases cortesanat, para luego injuriarlos con la pluma, por el vano pru- rito que á los tales aqueja de pronunciar juicios aventurados, y de hablar de lo que no entienden ni han estudiado, ni han observado, ni aun quizá han visto siquiera (1).

Tal es el *turista* francés, á quien no debemos confundir con otros muchos viajeros de mas seso, que salen cada dia de la misma nacion, con objeto mas sério, ya científico, ya artístico, ya mercantil, ya diplomático, granjeando para sus personas y para su pais la estimacion de cuantos pueblos van recorriendo.

Siguiendo ahora con nuestra comparacion, y llevándola hácia el Norte, diremos que los alema-

(1) Sirvan de ejemplo las calumnias y desatinos que han escrito acerca de España, *Alexandre Dumas*, *Théo- phile Gautier*, *George Sand* y otros. No es de nuestro propósito el rebatirlos aqui, y ademas seria necesario dar á nuestra impugnacion el tono y la extension de una diatriba patriótica; así es como se contesta á semejantes insultos, y no con el *zon-zon* soporífico de esos escritorzuelos que escriben en lengua semi-gálica, con pluma de pavo mojada en agua tibia.

nes, pueblos dotados de imaginacion y los mas profundamente instruidos de toda Europa, son tambien muy dados á los viajes, y confirman nuestra proposicion de que los españoles somos los mas atrasados en este punto.—El aleman es sobre todo aficionado á una manera de viajar ya muy caida en desuso desde el tiempo de las cruzadas, y que era sin embargo general en la edad media, á saber: el *viaje á pié*.—Un sombrero impermeable de grandes alas; en la mano un baston nudoso armado de un fuerte regaton, y quizá de su oculto estoque; á la espalda una elegante y cómoda mochila de finísimo cuero, con la ropa mas indispensable; la cartera de dibujo; el manual del viajero con su mapa; algunas monedas de oro y letras de cambio; un microscopio y una brújula de bolsillo; el traje y calzado propios de un acomodado peregrino; y dos primorosas pipas en los bolsillos del levitin, dejando colgar afuera las borlas y cordones de seda de colores que las adornan. Tal suele ser el atavío del viandante aleman. Sin miedo de ladrones, con seguridad de hallar albergue y cerveza en cualquier parte, con buen humor, buena salud y buen apetito, el viajero aleman á pié recorre los valles y llanuras, trepa por los vericuetos y las montañas, herboriza ó hace observaciones geológicas y de mineralogia; toma puntos de vista, dibuja edificios y paisajes; compone versos marcados con el sello de una inestricable metafísica; canta baladas románticas llenas de una melancolía nebulosa; y regresa á su casa con nuevo deseo de renovar sus tareas sedentarias del invierno.

La espesa red de ferro-carriles de que como por encanto se ha cubierto Alemania en pocos años, facilita á otros viajeros menos aficionados al *peripateto* (1), el satisfacer su deseo de locomocion; y asi

(1) Sabido es que los *peripatéticos* recibieron este dictado, porque Aristóteles, gefe de la escuela, solia dar sus lecciones paseando.

son infinitos los que recorren con especialidad la Francia y la Italia, no pocos los que van á Inglaterra. De algun tiempo á esta parte empiezan tambien á venir á España, porque en Alemania se tiene una idea de nuestra tierra, mas ventajosa quizás de lo que merecemos, sobre todo en literatura y artes, y nos creen todavia continuadores de los tiempos de Calderon y Lope, de Velazquez y Murillo.

Tambien los rusos, es decir, los individuos de la nobleza rusa, son aficionados á viajes. Tienen para ellos una gran *ventaja* y un grandísimo *inconveniente*. La primera consiste en la sorprendente disposicion de que el cielo los ha dotado para aprender y hablar con perfeccion todas las lenguas, y es circunstancia de gran provecho para un viajero. Dicen á esto algunos para esplicarlo, que el idioma del imperio moscovita es tan difícil de suyo, tan enrevesado y tan de perros, que el que habla ruso no es extraño que sea capaz de hablar otra cualquier cosa. Nosotros nos declaramos incompetentes para confirmar ó rebatir esta asercion, porque se nos alcanza poco de achaque de lenguas eslavonas. Todos nuestros conocimientos en la materia se reducen á lo que oimos de boca de cierta bailarina íntima examiga de cierto príncipe ruso: parece segun ella, que Pedro el Grande que lo hizo todo en Rusia, hizo tambien la reforma del idioma vulgar empezando por la del alfabeto que se llama alli *grajedanskielitery* (¡El señor nos asista!), y con aquel desenfado de déspota ilustrado que Dios le dió, aderezó una magnífica ensalada de vocablos eslavones, mongoles, griegos, alemanes, latinos, polacos, holandeses y franceses, de que resultó una lengua no muy clara ni pulida á la verdad, pero de tan extraño jaspeado, de tal energía y de efectos tan maravillosos, que habiendo salido al campo cierto orador palaciego, á la manera de Demóstenes, á ejercitarse en ella por adulacion al Czar, y pronunciando en altas voces un discurso que llevaba compuesto, no quedó al oírle un oso blanco en veinte y cinco

leguas á la redonda. Por fin á fuerza de *ukases* fué cultivando Pedro la lengua reformada, y fundó *ad hoc* una imprenta en 1711. Desde entonces acá el idioma ruso se ha ido mejorando y puliendo hasta tal punto, que ya hasta escucharle pueden sin gran molestia los osos blancos mas montaraces y menos delicados en materia de prosodia.

Deciamos, pues, que en contra de la ventaja que da á los rusos para viajar su destreza lingüística, tienen un grave inconveniente: este es el de estar sujetos á un régimen tan riguroso, que necesitan licencia especial del soberano, el cual no siempre suele estar dispuesto á concederla. Sin duda se habrá observado la poca afición que conserva á sus lares el ruso que ha probado una vez la vida de Lóndres, de Paris, de Nápoles ó Florencia.

Limitando á lo dicho la comparacion de nuestra España con otras naciones de Europa en el punto que tratamos, omitiremos, el hablar de las demas: de los portugueses que son en casi todas las cosas, buenas y malas, primos hermanos nuestros;—de los holandeses, que viajan mas especialmente, como viven, sobre el agua, y hasta en el Japon se han colado donde solo á ellos se les dá entrada;—de los suecos, noruegos, y daneses, que están demasiado retirados para poder andar entrando y saliendo, y son gente mas ocupada dentro de su casa que los rusos;—de los italianos, los cuales ya sabemos que salen los mas de ellos de su tierra no tanto á viajar, como á cantar y tañer, y á vender *santi barati*;—por último de los turcos, que ademas de ser mas asiáticos que europeos, tienen en lo físico y lo moral aversion profunda al movimiento.—Los griegos son pocos y pobres.—Los belgas bullen mucho, pero allá en su hormiguero.—Los suizos salen de sus montañas, pero no á viajar, sino á servir, trabajar y ganar.

Basta lo indicado para demostrar que los españoles de la era presente, á pesar del relativo aumento de movimiento que se observa de algunos

años á esta parte, debemos clasificarnos entre los pueblos menos viajeros de la Europa moderna.

CAPITULO II.

Viajeros célebres de la antigüedad.—Griegos.—Romanos.—Arabes.—Peregrinaciones á la Meca.—Un mensaje de *Borhan Oddin*.—Las Cruzadas.—Marco Polo.—Ruy Gonzalez de Clavijo.—Colon.—Gama.—Camoens.

Si de la comparacion de pueblo á pueblo, pasamos á establecer otra de siglo á siglo, de época á época, hallaremos: que si bien en lo antiguo no todo el mundo viajaba como ahora, hubo en cambio hombres dotados de grande osadia, constancia y entereza de ánimo, que emprendieron y llevaron á cabo con inmenso fruto, viajes dignos de admiracion, por sus peligros, molestias y dificultades.

Jason y los argonautas, *Hércules*, *Ulises* y *Mene-lao*, y otros ciento cuyas aventuras nos cuentan la fábula y las antiguas rapsodias, no fueron en realidad mas que unos arrojados viajeros. Viajando fué como pudo *Herodoto* ensanchar las limites de la geografia y de la historia, ó mas bien crearlas, oscureciendo la memoria de los cartagineses *Himilcon* y *Hamnon*. Muchas veces, al deseo de ver el mundo se unia la ambicion de dominarle, y asi viajaron, *Xenofonte*, entre otros, y *Alejandro* el grande, esplorador infatigable que hubiera quizá llegado á los confines orientales, siempre sediento de ver tierras y de conquistarlas, tanto

que de bolillas de mundos
se quiso hacer una sarta,

como dice nuestro festivo Quevedo; pero los soldados macedonios se resistieron á pasar adelante y las

riberas del Hyphasis (1) vieron al valeroso capitán viajero volverles las espaldas.

Por no fatigar á nuestros lectores con mas citas históricas, pasaremos en silencio los nombres de otros muchos célebres exploradores, sobre todo en la parte oriental del mundo; viajeros ilustres, cuyas huellas, por decirlo así, *hisce oculis egomet vidi*.— *Onesicrato*, cuya descripción de la antigua Taprobana todavía parece exacta á los que hemos visitado la moderna Ceylan; los *Ptoloméos*, verdaderos fundadores de las comunicaciones fáciles entre el Egipto y la India—*Eudocio de Cyzica*, etc. etc.

Los romanos, extendiendo sobre casi todo el mundo conocido su dominación, dieron origen á nuevas exploraciones y viajes, cuyas descripciones son mas generalmente conocidas, y que por lo tanto omitiremos aquí; pero no podemos dejar de recordar una circunstancia notable, ignorada tal vez de algunos de nuestros lectores, á saber: que los romanos tenían ya una especie de *manuales para viajeros*, y *mapas de caminos*. Los primeros, si no tan completos como los que modernamente se publican, eran sin duda libros de mucha importancia y utilidad. Llamábanlos *Itineraria adnotata*: tales eran los que han llegado hasta nosotros con los títulos de *Itineraria duo Antonini*.—*Provinciarum Romanarum libellus*.—*Itinerarium Hierosolymitanum*. Tenían además los mapas ó *Itineraria picta*, en que se indicaba la distancia de los lugares, y se distinguían por medio de señales las ciudades capitales, las guarniciones, ó las colonias. También estaban indicadas las montañas y ríos que separaban una provincia de otra, como así mismo las naciones bárbaras que habitaban en los confines del Imperio. A esta clase de *Itineraria picta* pertenece el conocido por el título de *Tabula Peutingeriana*.

(1) Río de la India que en el moderno Punjab lleva hoy los nombres de *Garra* y de *Sutluj* ó *Setledj*.

La irrupcion de los bárbaros del Norte que destruyó el Imperio de Occidente, y la de los árabes, ya mahometanos que invadieron el mediodia, y cuya dominacion sujetó todos los países que se extienden desde España hasta las Indias Orientales, y desde el interior del Africa hasta las orillas del mar Caspio, dieron tambien lugar á expediciones extraordinarias. Los musulmanes, cuya apatia es hoy proverbial, eran en aquellos primitivos tiempos del islamismo muy dados á los viajes, ya porque su religion les imponia la peregrinacion á la Meca como un precepto de que solo podia relevarlos la imposibilidad absoluta de cumplirle, ya tambien porque la dilatada extension de sus posesiones ofrecia vasto campo para la actividad del comercio, y para todas las artes de la civilizacion en que eran entonces los árabes maestros consumados.

Y como los verdaderos principios conducen siempre á resultados útiles, el de *asociacion*, aplicado á los viajes, produjo la costumbre de viajar en caravanas (1).

Pero entre todos los viajeros árabes de que nos habla la historia se distingue el famoso *Ibn-Batuta* (cuyo verdadero nombre era el de *Abu-Abd-Mohammed-Ibn-Abdallah el Lawati*).—Yendo de Tanager, su país natal, en peregrinacion á la Meca, por los años de 1323 (703 de la hegira), se detuvo en Alejandria para visitar al piadoso y sabio iman *Borhan-Oddin el Aaraj*, que tenia fama de hacer milagros.—«Ya veo, dijo el Iman, despues de haber departido un rato, que sois aficionado á viajes largos.»—«Asi es la verdad», respondió Ibn-Batuta.—«Pues

(1) Nuestro autor tiene razon, y podemos confirmarlo con un ejemplo bien reciente.—¿Qué otra cosa es sino una *caravana* perfeccionada la conduccion de viajeros á Paris y Lóndres hecha por la empresa de *Saavedra* y *Riverolles*? ¿Ni cómo podria un particular proporcionarse las conveniencias que aqui encuentra por una bien entendida asociacion?

(Nota de los editores.)

entonces, repuso Borhan-Oddin. os ruego que vayais á Persia á ver á mi hermano *Farid-Oddin*; en seguida hareis una visita al segundo, *Oddin-Ibn-Zakaria*, que habita la India; despues os alargareis hasta China donde mora mi tercer hermano *Borhan-Oddin.*—«¿Y qué les diré? preguntó el *hadji* (1).»—«Nada, respondió el Iman, sino darles memorias de mi parte.»

El viajero intrépido cumplió puntualmente su comision, y volvió á Alejandria á dar cuenta de ella: mas como en este tiempo habia el iman trasladado su residencia á *Belez-el-Soudan* ó Nigricia central, allá se fué con su mensaje. Por último, de regreso á Marruecos sabiendo que residia en Fez otro hermano de los anteriores llamado *Kanan-Oddin*, se fué tambien á llevarle memorias de los otros cuatro que habia visitado en Egipto, Persia, la India y China. Y es de advertir que el bueno de Ibn-Batuta no buscaba el camino mas corto, sino que recorrió dilatados paises, entre ellos nuestra España, en el espacio de veinte años que duró su peregrinacion. Asi lo cuenta Malte-Brun, haciendo grandes elogios de la instruccion y calidades del ilustre viajero. A nosotros nos ocurrió leyendo esto, que debe de haber quedado por costumbre en Tánger cuando se ausenta un importuno despedirle con la frase de: «*Memorias á la familia de Borhan-Oddin.*»

A la época que vamos examinando ya habia precedido la de las peregrinaciones y viajes por celo de la religion cristiana. Desde el siglo VII, empezaron los cristianos de Occidente á aficionarse á la visita de la tierra Santa: hácia el fin del siglo XI comenzaron las *Cruzadas*, que se continuaron en todo el siglo XII, y parte del XIII, y se terminaron á la muerte de San Luis, ocurrida en la costa de Tunez (1270). Veinte años despues perdió la cristian-

(1) Llámase *hadji* el musulman que ha hecho la peregrinacion de la Meca.

dad con la rendicion de Ptolemaida (hoy San Juan de Acre) el último asilo que le quedaba en la tierra Santa.

«Las Cruzadas, dice un escritor contemporáneo, fueron despues de la invasion de los bárbaros—(y nosotros añadiremos: y de la de los árabes en España)—el acontecimiento mas importante de la historia moderna; porque efectivamente hicieron dar á las naciones europeas un gran paso hácia la libertad del pensamiento, y determinaron un gran progreso hácia un sistema de ideas mas grande y extenso. Comenzadas á nombre de las creencias religiosas y bajo su influjo, les quitaron, sin embargo, no aquella legítima parte de poder que siempre les es debida, sino el imperio tal vez demasiado esclusivo que ejercian entonces. Nació este resultado de varias causas; pero la principal fué sin duda la novedad, la extension, la variedad de los objetos que se ofrecieron á la contemplacion de los cruzados, á quienes sucedió *lo que á todo hombre que viaja*, pues ellos en resumidas cuentas *eran unos viajeros*.—Sus ánimos tomaron grande elevacion y ensanche, por lo mismo que veian una porcion de cosas totalmente nuevas para ellos, que venian á conocer costumbres diferentes de las suyas, y que se hallaban en contacto con la civilizacion, no solo diversa, sino *mas adelantada*, de otros pueblos.—La sociedad griega los llenó de admiracion por el refinamiento de su cultura y por la extension de sus conocimientos, no obstante su corrupcion y decadencia. La sociedad musulmana tambien les causó un efecto semejante; dióles gran golpe la riqueza y elegancia de los usos de aquellos contra quienes venian á combatir. Asi fué que pronto se modificaron sus ideas; y vemos que á los sentimientos de hostilidad y de odio religioso que respiran las narraciones de los primeros coronistas, sucedió muy luego una apreciacion menos apasionada de los hombres y de las cosas.»

Ni podia menos de suceder asi, porque como